



## VISITA XXX

### **Petición segunda: nuestra nación.**

Adorable Redentor mio, que en nuestra pobre nación quieres residir en tantos pueblos y ciudades, ya vecino á los mares, ya entre los bosques helados, ó sobre riscos de ásperas montañas, acompañando á tus hijos en donde quiera que habiten juntos, aunque en pequeño número, y quieren levantar para ti un templo ó modesta capilla. Tú sabes, por tanto, Señor, pues por todas partes nos acompañas, cuántas y cuán grandes sean las tribulaciones que nos circundan, y las necesidades que nos apremian: por una parte, los males temporales amargan nuestra vida; la po-

breza, y á veces la miseria, arrojan á muchos al pecado y aun á la desesperación; las más terribles y frecuentes enfermedades nos hacen más difícil y penosa la existencia; pero sobre todo la persecución que tu Iglesia sufre entre nosotros, la hostilidad jurada de las potestades contra el nombre católico; la calumnia echa el arma de cada día contra los ministros, la más despiadada persecución contra las Ordenes religiosas, junta con la protección á todas las tenebrosas reuniones que contra la religión conspiran; la habilidad de los legisladores para arrancar á la Iglesia todo subsidio, y aun la posibilidad para sus hijos de impartírsele, y para ella de recibirlo y conservarlo; la inundación de perversas doctrinas que corrompen la inteligencia y perverten los corazones; el torrente de vicios que todo lo arrastra, perdida ya toda vergüenza, y caído todo dique; la falta de la fe traída por las

sectas; el enfriamiento de la caridad, causado por la fiebre de goces que devora sobre todo á las grandes ciudades; la prostitución paseándose triunfante; la usura tendiendo sus redes por todas partes; la buena fe desterrada de los pactos; la más atroz maledicencia sembrando odios perpetuos y causando ruinas lamentables en las familias... ¡Ah, Señor! ¡Qué cúmulo de males nos agobia! ¡Qué estragos tan espantosos han hecho de nuestra pobre nación la víctima de tus enemigos y el oprobio de las gentes! Remédianos, poderosísimo Salvador nuestro; duelete de tus grandes males, compadécete de tanta miseria. Acuérdate que mandaste nada menos que á tu Madre Inmaculada á conquistar para tu fe nuestro suelo, y á vivir por medio de su imagen prodigiosa en medio de nosotros, escogiendo un lugar donde morar siempre y ser honrada, y haciéndonos la dulcísima, la consoladora promesa de mostrarse

allí Madre amorosa y hermana de cuantos la invocaren! Por esa tu santa y divina Madre, llena de gracia, objeto de tus complacencias, más amada ella sola por ti que los nueve coros del ejército de los Angeles, te pedimos que remedies nuestros males. Aunque son tan grandes, y al parecer irremediables, el Espíritu Santonos dice en la Escritura que *Dios hizo sanables á las naciones del orbe* (*Sap.*, I, 14), y tú mismo dijiste que no eran *los sanos los que necesitaban de médico, sino los enfermos.* (*Luc.*, V, 31.) Y aquí, en este divino Sacramento, tú eres, Señor, precisamente el Médico infalible, que conoces todas nuestras enfermedades, y comprendes sus más ocultas causas, y sabes los remedios capaces de curarlas, y tienes en tu poder esos remedios que gratuitamente nos suministras. Y así como con el mismo poder resucitaste á Lázaro difunto, y al mundo todo muerto en el mal, al uno, sepultado

de cuatro días, y al otro, corrompido de cuatro mil años, así ahora también puedes remediar á una sola alma pecadora, y renovar á toda una nación pervertida. ¡Renueva la nuestra, Jesús mío! Mira que en medio de sus ruinas y de sus ingratitudes, aún le quedan dos cosas que son dignas de atraer tus bendiciones: un ardiente amor á este adorable Misterio, que en ninguna parte del mundo se expone tan frecuentemente como en nuestros templos, y en pocas con un culto tan espléndido, y una tierna devoción á nuestra Madre Inmaculada, que todos los conatos del infierno no han sido bastantes á apagar. Pues si quien á Ella encuentra *hallará la vida*, ¿cómo nuestra pobre nación, que en el Jopeyac la encontró, y nunca la dejará, no *encontrará la vida* que va faltándole, y *sacará su salud* del Señor? (*Prov.*, VIII, 35.) Sí, Dios mío y Fortaleza mía: yo me junto hoy ante tu trono eucarístico, con el

celeste Príncipe á quien has encargado nuestro suelo; me uno con el Santo Angel Custodio de esta nación para pedirte que la auxilies, que la bendigas, que la cures y la sanes, para que, suficientemente ayudados con los subsidios presentes, con más facilidad aprovechemos los eternos y celestiales. Amén.





## VISITA XXXI

### Petición tercera: las propias necesidades.

Tú dijiste, Señor, en tu *Apocalipsis*, que eras *el primero y el último* (*Apoc.*, XXI, 13), y eres, en realidad, el principio de todas las cosas, sin el cual nada ha sido hecho, y el fin á que todas ellas necesariamente se encaminan; y yo quiero ¡oh amor de Jesús mío! que tú seas el principio y el fin de todas mis acciones, de mis palabras y pensamientos; el fin de todos mis deseos y de todos mis afectos.

Mas como tantos obstáculos se oponen á esta entera unión de mi voluntad con la tuya, yo quiero en

este día traerlos ante este tu trono, para que, con tu misericordia, me compadezcas, y con tu omnipotencia me remedies, y con tu amor me perfecciones y me inflames. Nada me hace, Señor, tanta y tan cruel guerra como el amor propio: ya pretende torcer mis intenciones, y meter cautelosamente entre ellas el deseo de agradar á las criaturas, ó el más sutil de agradarme á mí misma; ya se ensaya en hacerme saborear mis pequeñas buenas obras, é inspirarme una vana complacencia, como si todas no fueran más tuyas que mías, y más producto de la gracia que de mi ruin naturaleza; ora me enciende un prurito de que lo bueno que hago sea sabido, y de que se alaben las piadosas empresas, y se aplaudan las buenas cualidades, ó el feliz desempeño de tales ó cuales funciones, ó el buen éxito en éstos ó aquéllos negocios; ora me arroja en una negra tristeza al ver el poco fruto de mis trabajos, y el

mal carácter de los súbditos, la dureza de los corazones, la dilación del cumplimiento de los deseos, y los sucesos adversos en las obras de celo; unas veces me quiere elevar para despeñarme, y otras me intenta abatir para desalentarme y afligirme; tan pronto me impele á deplorar las ajenas faltas, como para hacerme creer muy superior en virtud á los otros, como me hace contemplar envidiosamente el éxito ajeno, codiciándolo para mí mismo.

Este enemigo nunca pára, jamás se cansa; se vale de lo malo y de las faltas para infundir la desconfianza, y de lo bueno y las virtudes para inficionarlo en su raíz, torciendo la intención, ó amenguarlo en sus frutos por la vana complacencia.

¡Dulcísimo Jesús! Salvador mío, que tanto nos exhortas á aprender de ti, que eres manso y humilde de corazón: tú eres un Maestro que no sólo enseñas tus lecciones de celestial sa-

biduría, sino que das entendimiento á tus discípulos para comprenderlas, y aun voluntad para practicarlas: *dame entendimiento para saber tus testimonios, y pues eres mi Dios, enséñame á hacer tu soberana voluntad* y á vencer este enemigo doméstico tan conjunto y tan temible. También te presento aquí, como otro grande enemigo, Dios mío, á mi propio corazón; yo quisiera que fuera sólo tuyo, y que ninguna ruin criatura tuviera en su amor y en sus afectos. Tú así me lo mandas en el máximo y primer mandamiento de tu divina Ley, y yo quiero, con toda mi alma, cumplirlo y obedecerlo; pero lo cierto es que este corazón me traiciona continuamente; cuando menos lo pienso, encuéntrolo apegado á las basuras de la tierra: ya el trato fino de una persona me atrae, ya las virtudes de alguna alma me cautivan, su ingenio me arrastra, su sensibilidad me encanta y me seduce.

Mas ¡oh y cuán ingrato soy contigo! ¿Qué trato puede haber, Señor, más fino que el tuyo? ¿Qué virtudes más preciosas? ¿Qué inteligencia más vasta ó qué corazón más amoroso y sensible? Al fin el apego á las criaturas no trae más que inquietudes, amarguras y penas, y esto cuando no trae también remordimientos y pecados. Yo reconozco, con el Rey Profeta, que *en adherirme á Dios está mi bien, y en poner en él sólo mi esperanza* (Psalm. LXXII, 28); pero á pesar de conocerlo y confesarlo, á cada paso me hallo amando la vanidad y buscando la mentira, dejando la fuente de aguas vivas, que eres tú, y cavando disipadas cisternas, donde no encuentro sino cieno y corrupción. ¡Oh Dios, entiende en mi ayuda, date prisa, Señor, en socorrerme! Permanece conmigo y no te ausentes, porque en el día de mi vida va haciéndose ya tarde y acabándose la luz. ¡O arráncame, Jesús, este co-

razón de fuego que me diste, y que sólo sabe amar con violentos ardores, ó haz que te ame á ti solo, como te han amado y aún te aman los Santos, tus amigos! ¡Que te ame yo como el Santo que me ampara con su nombre, y como el ángel que vela á mi lado custodiándome, sin dejar de ver siempre la faz del Padre celestial que te beatifica! ¡Que te ame como tus siervos, cuyas imágenes se veneran en este templo, y que todos fueron hornos vivos de caridad y dilección! ¡Líbrame, Señor, de mí mismo, que soy mi peor enemigo; haz que aprenda á negarme, y á seguirte tomando mi cruz de cada día; lléname de un grande amor para con este Sacramento de delicias, para que en él te busque y encuentre; en él te goce y te reciba; ante él derrame, como el nardo su aroma, mis afectos; ante él cuente mis gozos y llore mis pesares; á él visite sin falta cada día, como al mejor y más fino de los amigos, y á él

reciba como precioso viático cuando esté pronto á emprender el último y tremendo viaje del tiempo á la eternidad! ¡Te amo, Jesús mío, te amo! Amén.



## INDICE

	Páginas.
AL ALMA DEVOTA.....	5
Salutación al Santísimo Sacramento para comenzar cada día la visita.....	9
Meditación primera.....	13
Visita primera.....	15
Meditación segunda.....	18
Visita segunda.....	20
Meditación tercera.....	24
Visita tercera.....	23
Meditación cuarta.....	29
Visita cuarta.....	31
Meditación quinta.....	34
Visita quinta.....	36
Meditación sexta.....	39
Visita sexta.....	41
Meditación séptima.....	45
Visita séptima.....	46
Visita octava.....	50